

## 21 DE DICIEMBRE.

Arco de Constantino.—Iglesia de San Clemente.—Antigüedad, forma primitiva.—El Cónsul Flavio-Clemente.—El pobre paralítico.—Bibliotecas.—Libreros.—Mendigos.—Rasgos de costumbres.

Los huesos de San Ignacio, recogidos con respeto por los hermanos que le ha-

ciudad pagana que había hecho de él su morada favorita, debemos decir que el día no bastaba para aquellos espectáculos, y que se les prolongaba durante la noche (a). El Coliseo se iluminaba con innumerables antorchas, y las escenas de carnicería volvían á empezar, continuaban, y se prolongaban durante dos, tres y hasta cinco días y cinco noches, sin interrupción (b). Se comía en el anfiteatro: los senadores, los caballeros romanos, las matronas mismas, convirtiéndose en gladiadores, bajaban á la arena, y el peligro que corrían estos nobles combatientes, redoblaba el placer de los espectadores. A los combates de tierra sucedían las batallas navales. Un día se vió la arena llena, no de agua, sino de vino, y en ella treinta y seis cocodrilos y con muchos hipopótamos que lucharon con los gladiadores subidos en barcos (c). Se ha calculado que aquel pueblo, rey del mundo pagano, pasaba casi dos terceras partes del año, en el teatro, en el anfiteatro y en el circo. Ahora se comprende toda la verdad de aquella degradante divisa, resumen de su vida: *Duas tantum res anxius optat, panem et circenses*. "Solo dos cosas desea con ansia; pan y Circo."

En cuanto á su furor por los espectáculos sangrientos, los siguientes pormenores agregados á los que preceden, podrán dar de él una débil idea. Los romanos no podían pasarse sin los combates de gladiadores, y por eso edificaron anfiteatros en todas las ciudades importantes del imperio, y los introdujeron hasta en sus festines, á donde corrían sin duda con más ardor que á los comicios mismos. (Strab., V, pág. 121). Siendo cónsul Ciceron, se vió obligado á dar una ley que hacia inhábil para candidato á aquel que ántes de las elecciones hubiese prometido al pueblo un presente de gladiadores: ¡tan seguro así era conseguir los votos haciendo semejante promesa! Los triunfadores, los ediles, los principales magistrados, los ricos ciudadanos, y sobre todo los

(a) Venationes, gladiatoresque noctibus ad lychnichos dedit: nec virorum modo pugnas, sed et faminarum Suet. in Domitian.; Xipil. in id.; Statius in Sylvis etc.

(b) Cicer., *Epist. famil.* VIII, 1; Spartian., *Hadrian.*, 7.

(c) Solin., 34, Dio, LV, p. 635.

bian acompañado desde el Oriente, fueron llevados por ellos y en triunfo á Antioquía. Más tarde fueron trasladados á Roma, y depositados en la venerable iglesia de San Clemente, situada á algunos pasos del anfiteatro. A fin de completar nuestras impresiones de la víspera, fuimos á rendir nuestros homenajes á aquellos restos tantas veces venerables. Delante de nosotros se encontraron de nuevo el Co-

emperadores, para ser agradables al pueblo, miraban como un deber proporcionar gladiadores. Se dieron primero cincuenta pares; luego, trescientos y despues setecientos. Trajano dió diez mil; y no pueden contarse los que dieron Tito, Donaciano y Heliogábalo. Algunos de aquellos monstruos coronados tenían tal pasión por aquellas horribles fiestas, que desde por la mañana bajaban al anfiteatro; y á mediodía, cuando el pueblo se retiraba á comer, ellos se quedaban en su lugar, y á falta de gladiadores designados, hacían combatir á los primeros que llegaban. (Suet. in Claud.). Julio César no se avergonzó de ser el Lanista del pueblo romano, y mantenía á sus expensas una escuela de gladiadores. (Suet. Cæs., 26). Augusto adoptó esa institución, y los emperadores poseyeron gladiadores siempre prontos á combatir, á petición del pueblo. (Mart., de Spect. 22). Nunca hubieran podido bastar los prisioneros de guerra, los malhechores, ni los esclavos fugitivos, para aquel espantoso consumo de víctimas humanas, y entonces los cristianos se encontraron á propósito para suplirlos. Júzguese de la inmensidad de aquellas carnicerías prolongadas durante más de trescientos años, por el número de animales llevados á la arena. Llegaban por millares, y sucesivamente de todas las partes del mundo, los osos, los leopardos, los rinocerontes, los toros salvajes. Scipion Nasica y P. Lentulo hicieron aparecer en sus juegos 60 panteras y otros cuarenta animales, entre osos, como elefantes. (Tit-Liv., 44, 18). Scauro dió 150 panteras; Sylla 100 leones de melena; Pompeyo 600 leones, y de ellos 315 con melena, 410 panteras y 20 elefantes; César 400 leones; Drusso, 20 elefantes; Servilio, 300 osos y otras tantas fieras africanas; Tito, 5,000 fieras en un día; Trajano, 10,000 durante los juegos; Domiciano, 1,000 aves truces, 1,000 siervos, mil jabalíes, 1,000 girafas y otros animales herbívoros (a). Para subvenir á los gastos de los juegos, se imponían pesadas contribuciones de dinero á las provincias, y para tener animales se imponían á la naturaleza. Los gobernadores obligaban á sus administradores á hacer

(a) Plin., 8, 45, 16; c. Solin., 26, Vopise in Prob. Mart. de Spect. 23. etc. etc.

liseo y el arco de Constantino. En la puerta del anfiteatro, por donde entraron tantos héroes cristianos, se ha colocado una placa de mármol que repite la santidad de aquellos lugares bañados con la sangre de nuestros padres. A ejemplo de todos los peregrinos católicos, la besamos con respetuoso amor, pidiendo para nuestros amigos y para nosotros la fe de los mártires.

Nos detuvimos en seguida delante del arco de Constantino, para acabar el estudio de aquel monumento capital. Sus tres arcos abovedados son notables, tanto por la extensión de sus dimensiones, como por la elegancia de su forma. La disposición de los bajo-relieves y de las estatuas es también de un gusto irreprochable. En cuanto á los adornos, unos pertenecen á la mejor época, y otros enuncian la decaden-

cia del arte. Las ocho columnas de mármol precioso, las estatuas, muchos medallones de gran belleza, provienen de los arcos de Trajano y de Marco-Aurelio. Todo lo de inferior trabajo, es contemporáneo del edificio.

Esta mezcolanza da lugar á una cuestión importante. Si los artistas del siglo IV han tenido bastante gusto para levantar un arco de triunfo, cuyas proporciones y cuya disposición general nada dejan que desear, ¿se puede negarles racionalmente el talento necesario para la escultura, al ménos pasable, en los adornos secundarios? Si lo han tenido, ¿de dónde viene que han empleado piezas de todas hechuras? ¿de dónde viene, sobre todo, que el senado, guardian severo de los monumentos públicos, ha permitido, ha mandado mutilar, los arcos triunfales erigidos á los emperadores, que fueron los ídolos más queridos de los romanos, en honor de un príncipe cuyo imperio medio pagano todavía, más bien aceptaba el poder que lo amaba?—De este hecho anormal, no se encuentra más que una explicación. En el arco de Constantino, como en la mayor parte de las antiguas iglesias de Roma, la Providencia ha querido que los monumentos de los perseguidores mismos suministrasen los materiales de un edificio destinado á perpetuar, de generación en generación, el brillante triunfo del cristianismo y la sustitución milagrosa, una Roma á otra Roma en el imperio eterno del mundo 1.

Esta explicación está tanto mejor fundada, cuanto que el senado, tan agradecido como se le supone hacia Constantino, se mostraba todavía muy lejos de participar de su fe religiosa. El arco mismo que levantó en honor de este príncipe, nos da de ello una prueba. Es cierto que para no hacerse odioso, ó ridículo, negando el milagro que había dado el imperio al hijo de

Esta explicación está tanto mejor fundada, cuanto que el senado, tan agradecido como se le supone hacia Constantino, se mostraba todavía muy lejos de participar de su fe religiosa. El arco mismo que levantó en honor de este príncipe, nos da de ello una prueba. Es cierto que para no hacerse odioso, ó ridículo, negando el milagro que había dado el imperio al hijo de

Esta explicación está tanto mejor fundada, cuanto que el senado, tan agradecido como se le supone hacia Constantino, se mostraba todavía muy lejos de participar de su fe religiosa. El arco mismo que levantó en honor de este príncipe, nos da de ello una prueba. Es cierto que para no hacerse odioso, ó ridículo, negando el milagro que había dado el imperio al hijo de

(a) M. de Champagny, *los Césares*, t. I, p. 188.

1 Baron, an. 312, t. III, p. 64, n. 56.  
TOMO I.—25

Constancio, dice el Senado en la inscrip-  
cion: que *ha vencido al tirano por inspira-  
cion de la Divinidad, instinctu divinitatis*.  
Esta palabra anfibológica es el único ho-  
menaje que la verdad arranca á los padres  
conscriptos. En cuanto á la cruz, emble-  
ma mucho más enérgico, no la encontrais  
en ninguna parte, en el arco de Constan-  
tino. Además, no podia hacer el Senado  
cosa más agradable al emperador, que gra-  
bar sobre aquel monumento el signo sa-  
grado á que el vencedor de Maxencio se  
confesaba deudor de la victoria. Esta omi-  
sion, no se escapó al emperador.

«Pero, dice Eusebio, no atreviéndose á  
herir de frente las preocupaciones del Se-  
nado todavía pagano, para indemnizarse,  
mandó colocar la cruz en la cúspide de un  
obelisco, levantado por orden suya, en el  
centro mismo de la ciudad 1.» Honor al  
génio de Sixto V, que levantó de nuevo  
el glorioso monolito, en el cual el recono-  
cimiento del primer César cristiano grabó  
la inscripcion siguiente:

HOC SALVTARI SIGNO, VERO FORTITVDINIS  
INDICIO CIVITATEM VESTRAM  
TIRANNIDIS JUGO LIBERAVI ET  
S. P. Q. R.  
IN LIBERTATEM VINDICANS, PRISTINÆ  
AMPLITUDINI ET SPLENDORI RESTITVI.

«Con este signo saludable, verdadero  
signo de fortaleza, liberté á vuestra ciudad  
del yugo de la tiranía, y, vindicando la  
libertad del Senado y del pueblo romano,  
les restituí á su antigua gloria y esplendor.»

La ausencia de la cruz en el arco de  
Constantino, es una indicacion preciosa del  
estado social del imperio en aquella época  
de transicion. El emperador y una parte  
del pueblo son cristianos; pero el Senado  
y la alta administracion permanecen paga-

1 Vit. Const., lib, I, c. 33.

nos. Se siente uno feliz cuando ve grabar  
en el mármol esta frase escrita en las car-  
tas de San Pablo: que el Evangelio ha  
comenzado por los pobres y no por los ri-  
cos; por los débiles y no por los fuertes.  
De este paso lento y difícil del paganismo  
á la fe, me dió otro testimonio más signi-  
ficativo aún, el arco de Constantino. No  
sin asombro se lee el título pagano de *So-  
berano Pontífice: Pont. Max.*, dado en las  
inscripciones y en las medallas á los pri-  
meros emperadores cristianos. Entre otras  
pruebas, bastará citar la inscripcion del  
puente Céstio, cerca de la isla del Tiber:

DOMINI. NOSTRI. IMPERATORES  
CÆSARES FL. VALENTINIANOS. PIVS. FELIX.  
MAXIMVS. VICTOR. AC.  
TRIVMF. SEMPER. AVG. PONTIF. N. MAXIMVS.  
.....  
.....  
FL. VALENS. PIVS. FELIX. MAX. VICTOR.  
AC. TRIVMF.  
SEMPER, AVG. PONTIF. MAXIMVS.  
.....  
.....  
FL. GRATIANVS. PIVS. FELIX.  
MAX. VICTOR. AC.  
TRIVMF. SEMPER, AVG. PONTIF. MAXIMVS.  
.....  
.....  
PORTEM. FELICIS. NOMINIS. GRATIANI.  
IN. USUM. SENATUS. AC. POPVLI. ROM.  
CONSTIVI. DEDICARIQUE. JUSSERUNT.

¿Cuál puede ser la razon de esta extra-  
ña costumbre, en la cual, muchos han crei-  
do ver un resto de idolatría? Ella está en  
el hecho indicado más arriba. Augusto,  
queriendo reunir en su persona el poder  
supremo, hizo que se le decretara el título  
de soberano pontífice, sus sucesores tui-  
eron cuidado de imitarle y como el actual  
emperador de China, todos ofrecian real-  
mente sacrificios. Partiendo desde Cons-

tantino hasta Graciano, siguieron toman-  
do la investidura del soberano pontificado  
los señores del mundo.

¿Era todo esto para ejercer sus funcio-  
nes sacrílegas? De ninguna manera; toma-  
ban este título con el fin de gozar de los  
derechos civiles que eran anexos á él. Los  
romanos, que formaron el pueblo más re-  
ligioso de la antigüedad, no miraban co-  
mo emperador á aquel que no era al mis-  
mo tiempo soberano pontífice. Además,  
el soberano pontífice tenia un poder de-  
masiado extenso, muy superior al de los  
cónsules. Podia impedir la reunion de los  
comicios, ó anular sus deliberaciones, im-  
pedir al senado que deliberase, suspender  
la ejecucion de sus decretos, prohibir la  
declaracion de guerra, y tambien obligar  
á los cónsules á hacer su dimision 1.  
Ahora se ve cuán necesario era este po-  
der pontifical á los emperadores paganos,  
y por qué quisieron poseerlo. Era tal vez  
más indispensable á los emperadores cris-  
tianos, que colocados en presencia de un  
senado, de un ejército, de un mundo to-  
davía medio pagano, que soportaba su yu-  
go con pena, y que estaba siempre dispues-  
to á tomar el menor pretexto para entor-  
pecer el ejercicio de su poder, habrian vis-  
to su accion continuamente paralizada, si  
el poder pontifical hubiera estado en ma-  
nos extrañas. Una vez cambiadas las cir-  
cunstancias, renunciaron aquel título ya  
para ellos inútil 2.

Volviendo al arco de Constantino, se  
advierten bajo la bóveda del grande arco,  
dos medallones del emperador, en már-  
mol, bien trabajados; están rodeados de  
estandartes y acabados con la Victoria,  
que pone la corona sobre la cabeza del  
vencedor. En el friso de los dos arcos más

1 Cicer, De Nat. Deor., lib. II; De Legib.,  
lib. II; Tacit., De Morib. Germ; Valer. Max.,  
lib. III; c. 2, 3.

2 Bar., Sup., 71, n. 48.

pequeños, se lee por una parte: *Votis X*,  
y por otra: *Votis XX*. Nuevo geroglífico  
que es preciso descifrar. Augusto, imita-  
do más tarde por Napoleon, se hizo dar  
por los votos del pueblo, el supremo po-  
der de que gozaba ya de hecho; y lo pidió  
solo por diez años; tanto así parecia que  
respetaba la libertad romana. Al cabo de  
diez años se lo hizo renovar por cinco años,  
luego por otros cinco, y así sucesivamen-  
te; de suerte, que el poder le fué concedido  
toda su vida. Como emperadores perpe-  
tuos, los Césares siguieron el ejemplo del  
divino Augusto 1. Constantino, que lo  
encontró establecido así, se conformó con  
él, y la doble inscripcion citada arriba  
atestigua que Constantino recibió el po-  
der del pueblo, por medio de los *votos* ó  
*sufragios*, por diez y por veinte años. La  
misma inscripcion se encuentra en gran  
número de medallas imperiales, anterio-  
res y posteriores á la era cristiana. ¡Cuán  
importante página de la historia nos ofre-  
ce el arco de Constantino, tan ligeramen-  
te estudiado por los viajeros actuales!

Al entrar en la calle de *San Juan de  
Letran*, encontramos bien pronto la igle-  
sia de San Clemente. La sencillez de la  
arquitectura, la modestia, y yo diria tam-  
bien, la humildad de las partes esencia-  
les con las prescripciones apostólicas, la  
belleza de los mosaicos, los preciosos ves-  
tigios de la antigüedad, los recuerdos, las  
reliquias célebres, toda aquella iglesia in-

1 Merece citarse este pasaje de Dion: "Cæ-  
sar quo longius Romanos a suspicione regie po-  
testatis sibi propositæ abducere, imperium in  
suos decennale suscepit. Et cum primum de-  
cennium exivisset, aliud quinquennium, atque  
eo circum—acto rursum aliud quinquennium:  
post decennium, ac eo finito, aliud iterum de-  
cretum est; ila ut continuatis deceenniis per to-  
tam vitam summam imperii obtinuerit. Quam  
ob causam posteriores quoque imperatores, et  
si non ad certum tempus, sec per omne vite  
spatium iis imperium deferatur, tamen singulis  
decenniis festum pro ejus renovatione agunt,  
quod odie etiam fit." Lib. LIII.

teresa al sabio y entenece al cristiano de estos tiempos. Se remonta á los tiempos primitivos, y fué dedicada al papa y mártir San Clemente, discípulo de San Pedro y su tercer sucesor. Con ese instinto de conservacion que distingue á los pontifices romanos, Clemente XI la mandó restaurar sin tocar los verdaderos restos de antigüedad de que era depositaria. Gracias le sean dadas, porque se puede asegurar con verdad, que esta basílica es la única en Roma que conserva la antigua estructura.

Edificada segun las reglas de las constituciones apostólicas 1, presenta la bóveda, *concha*, adornada con un soberbio mosaico; el *presbiterio* forma un espacio semicircular, detras del altar, destinado al obispo y al clero. Allí veis la cátedra del pontífice, más elevada que las demas; las sillas de los clérigos; el tabernáculo *ciborium*, *tegmen*, *tabernaculum*, sostenido en el aire por cuatro columnas, el *ara* ó mesa de mármol que sirve de altar; en esta mesa, la *confesion* ó lugar en que descansan las reliquias de los mártires; al frente, las *transene*, balaustradas de mármol que sirven de reja para proteger la confesion.

En el coro, *bema*, los ambores, desde donde se anunciaba la palabra divina; los *lectoría*, en que se hacia la lectura de los libros santos, de los que se encuentran tres de mármol. Dos están vueltos hácia el altar; el más pequeño está destinado á la lectura de la epístola, y el más alto á la del evangelio. Cerca de este último está el candelabro, *lapillatum*, esto es, de mármol revestido con embutidos de mosaico. El tercero, vuelto hácia el pueblo, servia para leer las profecías del Antiguo Testamento. Desde los ambores predicábase también las homilias y discursos dirigidos á los fieles 2. Se observa también

1 Lib. II, c. 56.

2 *Hist. Tripartit.*, lib. X.

el *pastophorium*, lugar sagrado en donde se conservaba la santa Eucaristía, como lo indicaba San Paulino; está á la derecha, y sirve hoy de tabernáculo para los santos oleos. A la izquierda estaba un armario destinado á guardar los libros canónicos. San Clemente presenta también la nave antigua, *navis*, y delante de la iglesia el pórtico cuadrangular, *porticus quadripartitus*.

Tales son los principales vestigios de nuestra venerable antigüedad, que se encuentran en aquella modesta basílica. El recuerdo de nuestros padres, que fabricaron con sus manos aquellos objetos, el pensamiento de las generaciones numerosas que los han visto, que los han rodeado, que los han regado con sus lágrimas y perfumado con el incienso de sus oraciones, os recuerdan las bellas edades de la Iglesia, y os sumerjen en una religiosa melancolía. Mundo del siglo XIX ¿qué has hecho de la piedad y de la fe de tus padres?

Distraídos un momento por el estudio de la antigüedad, volvimos al pensamiento que habia dirigido nuestros pasos. Venerar al glorioso mártir á cuyo triunfo habíamos asistido al anfiteatro; tal era el objeto de nuestra peregrinacion. Los huesos de Ignacio, despedazados por los dientes de los leones, descansan bajo el altar mayor con los del papa San Clemente y del ilustre mártir Flavio Clemente, primo de Domiciano, que fué mandado matar por aquel feroz perseguidor. ¡Qué *Credo* tan ferviente se reza en aquel lugar, arrodillado delante de aquel glorioso altar! Faltaban los monumentos escritos para demostrar el culto rendido por la Iglesia primitiva, al mártir, cónsul, y primo de los emperadores Tito y Domiciano. En 1725, una antigua inscripcion vino á quitar toda duda á este respecto. Estaba grabada en una tabla de mármol, y fué hallada en la iglesia de San Clemente, bajo el

altar mayor en donde servia para cubrir una pequeña caja de plomo que contenia huesos, cenizas impregnadas de sangre, un vaso de vidrio roto, dos cruces, etc.; y esta inscripcion, estaba concebida en estas palabras:

FLAVIUS. CLEM. MTR.

HIC. FELICIT. E. T. V.

«Flavius Clemens martyr, hic feliciter est tumulatus 1.»

«Aquí está felizmente dentro de este túmulo, el mártir Flavio Clemente.»

A los nombres de los mártires más ilustres, añade también la basílica, recuerdos igualmente preciosos para el sabio y para el cristiano. Aquí hizo su retractacion el heresiarca Celestino, en manos del papa Zósimo; aquí San Gregorio Magno predicó muchas de sus bellas homilias; ved ahí el *púlpito* donde subia; pero mirad abajo de la iglesia, á la derecha de la entrada, y leereis la inscripcion grabada en aquel mármol incrustado en la pared. Ella refiere, en compendio, la tierna historia que voy á repetir:

En el siglo VI, vivia en Roma un santo mendicante llamado Sérvulo. Parálitico desde su infancia, no podia ni estar sentado, ni en pié, ni llevar su mano á la boca, ni voltearse en su pobre lecho. Dos ángeles de caridad velaban por él: eran su hermana y su madre. Todas las mañanas le llevaban al atrio de la iglesia de San Clemente. Sus enfermedades le atraian numerosas limosnas; pero el virtuoso parálitico, contentándose con tomar lo estrictamente necesario, daba á otros pobres lo que excedia á sus necesidades del dia. Modelo angélico de paciencia y de dulzura,

1 Véase Memorias relativas á la hist. ecl., por M. de Greppo, p. 178.—Esta inscripcion contiene una tercera línea que ha dado mucho que hacer á los sabios. Véase Zaccaria, *Dissert.*, etc.

era querido y admirado de los fieles que se detenian voluntariamente á conversar con él. «En nombre de Jesucristo, les decia, dad limosna á mi alma.» Y por caridad le leian algunos capítulos de libros santos. Escuchaba con tanta atencion, que llegó á aprender de memoria toda la Escritura. Una vez en posesion de este rico tesoro, pasaba su tiempo en cantar alabanzas á Dios. Sus sufrimientos, lejos de distraerle, aumentaban su fervor y hacian más penetrantes y suaves los acentos de su voz. Un dia que estaba, segun costumbre, acostado en su lecho bajo el pórtico de San Clemente, conoció que se acercaba su fin: «Hermanos míos, dijo á los pobres y á los peregrinos que segun costumbre estaban allí; orad y cantad conmigo.» Y unió su voz moribunda á aquel piadoso concierto. «Callaos, hermanos míos, exclamó á poco, callaos; ¿no oís esa dulce melodía que resuena en los cielos?» Al decir estas palabras, espiró; su alma bienaventurada, comenzaba con los ángeles el cántico eterno 1.

Al salir de San Clemente, una lluvia verdaderamente romana vino á asaltarnos, y á hacer imposible en el resto del dia las excursiones largas. Tomé entónces, segun mi costumbre, el camino de las bibliotecas. Ya lo he dicho; para conocer á Roma, conviene estudiarla en los monumentos y en los libros. Roma es, entre todas las ciudades del mundo, la más rica en bibliotecas; y esas bibliotecas, en sí mismas, encierran manuscritos y obras que inútilmente se buscarian en otra parte. ¿Quién no conoce todas las riquezas que el sabio cardenal Maii, ha sacado recientemente del Vaticano? La biblioteca Passionei, las de la Minerva y de la Propaganda, eran mis galerías ordinarias, y esta vez las en-

1 San Gregorio Magno hizo el elogio de este bienaventurado parálitico. Homil. XV. *in Evang.*, et *Dialog.*, lib. IV, c. 14.

contré cerradas; porque á causa de la fiesta de Santo Tomás, los bibliotecarios tenían descanso. No pudiendo encontrar á la ciencia en sus palacios, la busqué en las tiendas y en los almacenes portátiles en donde ostenta en pleno viento, sus gracias, sus arrugas, sus andrajos, y á veces sus riquezas; es decir, nos fuimos á los puestos de libros viejos.

Los viajeros lo tienen dicho: raras veces harán estos libreros fortuna en su oficio: Las grandes obras sobre la antigüedad, de que Roma era tan rica, han sido presa de los ingleses y de los prusianos. No se les encuentra sino por casualidad, y siempre á peso de oro. Las ventas públicas solo ofrecen algunos buenos asuntos; comunmente tienen lugar varias veces en la semana; y como en Paris, se distribuye con anticipación el catálogo. Por lo demás, señores aficionados, no os desalentéis; entrad á casa de los libreros de viejo romanos; si allí no encontráis las obras que buscáis, en compensación encontrareis el *farniente* en su bello ideal. El librero de viejo en Roma, es un tipo que merece estudiarse. Una tienda y una trastienda, las mas veces bajas y oscuras, están obstruidas con libros de todos tamaños, unos encima de otros, y cubiertos de polvo. En un ángulo está sentado un viejo romano, afectando tener en su silla de paja, la dignidad de sus abuelos en sus sillas curules.

El *padrone* (amo) á quien tuvimos el honor de hablar, descendía en línea recta de Horatius Cocles, y habia heredado el rasgo característico de su noble familia. Un gran par de anteojos de resorte oprimía su vasta nariz, y daba á su voz un tono perfectamente nazal. El periódico del país, el *Diario*, estaba en sus manos, y en sus rodillas yacían un *fazzoletto* y una amplia caja de polvos, de que hacia un uso que edificaba. Al entrar nosotros,

le saludamos con urbanidad francesa.—*Padroni*, señores míos, mis patrones, nos contestó sin inquietarse, ni dejar su asiento, ni su periódico.—¿Teneis tal obra?—*Ecco*, héla aquí; y nos indicaba con la cabeza tres grandes y gruesos *in-folio*, puestos sobre el mostrador: ahora bien, aquellos tres *in-folio* eran sus catálogos. Me puse á ojearlos y él siguió tranquilamente su lectura. Habiéndome encontrado una obra que no conocía, le pregunté su precio.—Treinta y tres pesos.—Imposible.—Sin añadir una palabra ni hacer signo alguno, se concentró en su dignidad, y me dejó seguir buscando.—Y este otro libro, ¿cuánto vale?—*Padrone*, siete *paulos*.—Yo conocí que aquel digno hombre queria explotar al *Padrone*, porque si me pidió siete *paulos*, acabó por dármelo en tres. Salimos y se quedó impassible en su silla. La sangre nos hervía en las venas: ¿quién se imaginaria semejantes modales? En Francia, el comerciante, el librero, el vendedor de libros viejos, estarían seguros de no ver en su casa sino á los amantes de curiosidades. Nosotros no conocemos nada de las dulzuras del *farniente*, ni las felicidades de la siesta.

Salimos cavilando en aquella especie de modelo que acabábamos de tener á la vista, cuando encontramos á un lado de *Gesu* algunos pobres que nos pedían limosna. La mendicidad, prohibida en Roma por Leon XII, ha venido al fin á tolerarse. Se le encuentra muchas veces en las calles, y á la verdad que el pintor de costumbres no debe enfadarse, porque el mendigo romano es un tipo original. Se le daría la limosna por solo el gusto de vérsela pedir. La manera de hacerlos soltar vuestros *bayocos* es pintoresca, lógica, poética y elocuente. Desde que os ve venir á lo lejos, se levanta del poste de la esquina en que está sentado, se descubre gravemente, os saluda repetidas veces con su ancho som-

brero triangular, con su cabeza y con todo el cuerpo. Su rostro se alegra, y brilla en sus ojos la esperanza.

Quédase para los mendigos de otros países la monótona letanía de la indigencia: *Hacedme la caridad*: el mendigo romano tiene una colección de fórmulas que usa, segun la edad, el estado y los deseos presuntos de la persona. Ya comienza por poner fuera de duda vuestra generosidad, y ántes de saber si oireis sus votos, os llama mi bienhechor, *benefattore mio*: ya comienza por rendir homenaje á vuestras virtudes, y os llama desde luego alma bendita, *anima benedetta*: otras veces va á buscar la fibra tan delicada del amor propio; y os prodiga los títulos de *excelencia*, de *señor ilustrísimo*, *reverendísimo*. ¿Le habeis socorrido alguna otra vez? Pues entonces su petición se formula en bendiciones, y le oís decir: «Bendito sea el noble señor que todos los días recorre con paso más ligero las calles célebres de nuestra ciudad. Mis devotas oraciones han sido, pues, útiles á este incomparable señor. ¡Ah! cómo pasaba há poco delante de mí, por la primera vez, débil y lánguido! . . . ¿No sería yo un réprobo, si la alegría que le manifesto fuese para moverle á hacerme algun presente? No, digno y virtuoso señor, pasad firme delante de mí, no mireis al más pobre de vuestros servidores, que siempre rogará por vos; aunque mendigo no conozco el interes. . . .»

Después de haberos atacado por los sentimientos humanos, os toma por vuestro corazón de cristiano. «Alma bendita, os dice, haceos rezar una oración, oír una misa.» ¿Y qué os pide por ello? La lengua italiana viene en su ayuda y suministra á su modestia los más encantadores diminutivos, ó bien sin atreverse á nombrar el favor que implora, os dice: «Alma bendita, una pequeña monedilla, *una piccola mone-*

*ta*;» ó si se atreve á expresar su pensamiento, os pedirá no un pequeño sueldo, como nuestros interesantes *deshollinadores*, sino la mitad solamente de un pequeño sueldo: *Anima benedetta, un mezzo baiocco*; luego, con un admirable talento oratorio opone, á la pequeñez de su pedido, el poder de los motivos. Reuniendo en algunas palabras, todo lo que la religion tiene de más propio para conmover el corazón, os dice: «*Per l'amor di Dio, di Maria santissima, di Gesu sacramentato, delle anime del purgatorio.*» Con esto os dais por vencido y á pesar de la resolución estoica de pasar sin tocar vuestra bolsa, lleváis involuntariamente la mano hácia ella. Pero lo que os da el golpe de gracia, es la poética pantomima con que acompaña su súplica. El juego sonoro de su voz aflautada, la actitud suplicante de su cuerpo, el balanceo reiterado de su gran sombrero; sus ojos dulces fijos en los vuestros, su cabeza graciosamente inclinada á la espalda, el aire medio tímido, medio esperanzado de su rostro, todo esto os fascina y os subyuga. Os sonreis y haceis caer en su mano el bayoco ó el paolo, y él os paga con una sonrisa y una mirada que no olvidais nunca. ¿Me es permitido decirlo? Muchas veces nos dejábamos importunar por asistir á la repetición completa de esta escena.

Tal es el mendigo romano. Como todos los de otros países y acaso con más verdad, ama y preconiza al que da, y detesta al que no da. Vimos manifestado este doble sentimiento en dos ocasiones recientes. A la muerte de la jóven y caritativa princesa Borghese, los pobres de Roma se deshicieron en lágrimas. El pueblo quitó del carro fúnebre los caballos, y lo arrastró él mismo á Santa María la Mayor; el duelo fué verdadero, universal. En los funerales del príncipe de P. . . . que pasaba por avaro, estuvo también el pueblo; pero los pobres hicieron estallar su

desprecio y su resentimiento, ahullaron y silvaron al convoy.

Véase cuán cierto es que el pueblo conserva siempre un sentimiento profundo de los deberes del rico, por instinto, sabe esta palabra apostólica:

*Que la abundancia de los unos, supla á la indigencia de los otros.*

Si el mendigo romano tiene un modo propio de pedir limosna, también lo hay particular para negarla. En Francia decimos: «No tengo dinero, nada tengo, no puedo daros.» En una palabra, hablamos.

El romano no se toma tanto trabajo; en general, parece que teme las enfermedades de laringe. Acosado por algún pobre, se contenta con levantar á la altura de la barba el índice de la mano derecha, con el cual hace un signo de negación, y sigue su camino, sin volver la vista, sin mover la cabeza, sin despegar los labios. Aconsejo al viajero que no olvide esta receta. Evitará que se le conozca por un *forastière*, y no estará sujeto á peticiones importunas, y tal vez indiscretas. Al ver el gesto nacional, el mendigo dice al punto. «*Es un compatriota, no hay que hacer nada;*» y se aleja. Recordaré de paso que el napolitano tiene otro modo de negar, y es éste: echa la cabeza hácia atrás, levanta sus ojos al cielo, hace un gesto ligero, y esto es todo.

## 22 DE DICIEMBRE.

Nuestra Señora de la Victoria.—Banderas de los Turcos.—Jardines de Salustio.—Retratos de los procónsules romanos.—Sus riquezas.—Sus medios de enriquecerse.—Respuesta de un bárbaro.—Via Scellerata.—Baños de Tito, de Trajano y de Adriano.—San Pedro ad Víncula.—San Sebastian.—El Moisés de Miguel Ángel.—Recuerdos cristianos, San Leon, San Pedro.—Iglesia de San Martín de los Montes.—Pinturas de Poussino.—Iglesia subterránea.—El papa San Silvestre.—Instrumentos de suplicio de los Mártires.

Un sol hermoso acababa de iluminar las

montañas de la Sabina; la temperatura era tan dulce, que atravesamos entre legumbres y plantas en plena vegetación. Para acabar nuestro viaje en el cuartel *de Monti*, tomamos el camino de la Fuente de Moisés, ó de la *Acqua felice*. Cerca de allí se encuentra la pequeña y encantadora iglesia de *Nuestra Señora de la Victoria*, que no debe el olvidar viajero. El oro, el mármol, las ricas pinturas con que resplandece esta iglesia, desde el pavimento hasta la bóveda, desaparecen ante adornos más preciosos; ya cité los estandartes tomados á los turcos después de levantado el sitio de Viena. Están enarbolados en los cuatro ángulos de la cúpula, y forman un dosel de gloria encima del altar de María. Es cosa digna de notarse, que Roma ha mirado siempre á la Virgen Santa como la protectora especial de la cristiandad contra el islamismo. Así, la milagrosa batalla de Lepanto es debida á su protección, y el homenaje del reconocimiento romano brilla en la iglesia de *Ara-Cœli*. Aquí se le ofrecen como tributo los estandartes tomados en Viena, y este hecho parece ocultar un misterio. ¿Será acaso que á la Reina de las vírgenes toca combatir el mahometismo, religión de los sentidos, más que cualquiera otra? En esto vería yo una de esas bellas armonías que se encuentran á cada paso en las obras de Dios; y me parecía muy natural que no la hubiese olvidado Roma, espejo brillante en donde se reflejan las realidades del mundo superior.

Las iglesias de Nuestra Señora de la Victoria y de Santa Susana, ocupan el lugar que ántes tenían la casa y el forum de Salustio. Muy cerca de allí estaban los jardines. Aquellos jardines tan famosos en la historia de la molición romana, habían sido comprados, edificados y adornados con los despojos de Africa. Salustio, consumido por el desorden, agobiado de deu-

das y degradado por sus infamias, del rango de senador, se lavó de toda mancha abrazando el partido de César. El vencedor de Pompeya, para rehabilitar á su nuevo cortesano, le dió el gobierno de la Numidia: El improvisado procónsul, usando de una expresión de Séneca, *desolló* de tal modo aquella desgraciada provincia, que volvió muy pronto á Roma con una fortuna escandalosa. Con la sangre y el oro de sus *administradores*, edificó un palacio tan magnífico, y jardines de tal manera suntuosos, que Messalina misma se dignó habitarlos; con esto se dice todo 1.

Al recorrer aquellas ruinas, una multitud de pensamientos os asaltan. Aquí es donde Salustio, el Verrés de la Africa, desmentía públicamente, por su conducta, los preceptos de moral que da en sus obras. ¡Y ese hombre, Dios perdona nuestra educación, fué presentado á mi joven admiración como un modelo de elocuencia y de buen gusto; se me enseñó á mirarle como á un sabio, y se cuidó de callarme los nombres de Crisóstomo y de Agustín! Por lo demás, dije á mis jóvenes compañeros, Salustio no es el único que tiene derecho á nuestra indignación. Su vida fué la de todos nuestros autores clásicos; censores desapiadados de los vicios de otro, la mayor parte de ellos hicieron sonrojar á la humanidad por el escándalo de sus costumbres. Procónsules, generales, gobernadores de provincia, todos igualaron á Salustio en sus prostituciones y desórdenes y le excedieron tal vez en sus rapiñas. Puesto que ahora se presenta la ocasión, no es inútil estudiar un momento, bajo este punto de vista, á la sociedad pagana en los hombres que eran su personificación.

La increíble opulencia de los romanos, hácia fines de la república y bajo los primeros emperadores, es un hecho conocido de todo el mundo. Cada senador, recibía

un sueldo de ciento veinticinco mil francos, 50,000 pesos; cada caballero, de cincuenta mil, 10,000 pesos, pero eso era una bagatela. Se contaban en Roma cerca de veinte mil ciudadanos tan ricos como Lúculo 1. Ahora aquel, Xerxes de toga, *Xerxes togatus*, como le llama Cicerón, no comía con ménos de treinta mil francos, 6,000 pesos, y podía dar hospitalidad á veinticinco mil hombres. Crespo decía que no se era rico, cuando no se podía, con las rentas, mantener un ejército 2; y esto, según decía, lo podía él; y Crespo era ménos rico que Sylla 3. L. Domitius, sucesor de César en las Galias, gozaba de cuarenta y ocho mil *arpents* de tierra 4; Antonio, el colega de Cicerón, poseía toda la isla de Cefalonia, en la cual mandó edificar una ciudad 5.

Ses paisanos de Roma eran únicos propietarios de la más grande parte de la Africa: Neron les mandó degollar y se declaró heredero de ellos 6. Cornelius Balbus dió al morir veinte francos (cuatro pesos) por cabeza á todo el pueblo romano 7. C. Cæcilius Claudius Isidorus, decía en su testamento, que á pesar de las grandes pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejaba cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil pares de bueyes, doscientas cincuenta mil piezas de otro ganado, sin contar sus tierras, sus

1 Lucullus Romanus civis (quam Cicero et Cæsar Xerxes togatum appellabant) ad virginum quinque hominum millia honorificentissime hospitio excipere poterat; nec tamen ipse solus id potuit in urbe Roma, quandoquidem viginti civium millia et amplius ipsa urbe comperta memorantur, qui cum Lucullo de divitiis contendere potuissent, ut ex vetustis monumentis.—Cassal., de *Splendore Urbis*, etc. pág. 422.

2 Cicer., in *Paradox.*

3 Quiritium post Syllam ditissimus.—Plin., lib. XXXIII c. 10.

4 Cæsar., de *Bello civ.*—Antigua medida de superficie para tierras y aguas, equivalente á 1,344 toesas y á la medida de Toledo. N. del T.

5 Strab., lib. X.

6 Plin., lib. XVIII.

7 Dio., lib. XLVIII, c. 10.

1 Tacit., *Annal.*, c. 13.